

El Nuevo Testamento: una nueva traducción

[The New Testament: A New Translation]

Natalio Fernández Marcos
Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo
CSIC. Madrid

Resumen

En este trabajo se exponen las razones por las cuales se ha abordado una nueva traducción del Nuevo Testamento. Un proyecto que debe inscribirse en el de traducción de la Septuaginta, como parte de la recuperación y puesta en valor de la Biblia en griego.

Palabras clave

Nuevo Testamento; Septuaginta; traducción; griego.

Abstract

In this work are exposed the reasons for which a new translation of the New Testament has been approached. A project that must be part of the Septuagint translation, as part of the recovery and enhancement of the Bible in Greek.

Key words

New Testament; Septuagint; translation; Greek.

Acaba de publicarse una nueva traducción del Nuevo Testamento en español¹. Y la primera reacción plenamente justificada del lector podría ser, ¿por qué una nueva traducción del Nuevo Testamento? Nuestro equipo ha traducido por primera vez al español la Biblia griega o Septuaginta². Esta versión estaba más que justificada por ser la primera que se hacía a una lengua moderna de prestigio. Sin embargo, traducciones del Nuevo Testamento al español de España y al español de América existían varias y recientes. Por eso cuando el director de Ediciones Sígueme me propuso publicar, después de la traducción de Septuaginta, un quinto volumen con la traducción del Nuevo Testamento no pude ocultar mis reticencias. La novedad de este quinto volumen no era comparable con la novedad de los cuatro primeros de la Biblia griega. Me tomé mi tiempo para pensarlo y por fin las razones del director de Sígueme Ediciones terminaron por convencerme.

¹ Natalio Fernández Marcos, M^a V^a Spottorno Díaz Caro y José Manuel Cañas Reíllo, *Nuevo Testamento. La Biblia Griega-Septuaginta*, Salamanca: Ediciones Sígueme 2020.

² Natalio Fernández Marcos-M^a V^a Spottorno Díaz Caro (coord.), *La Biblia griega. Septuaginta I-IV*, Salamanca: Ediciones Sígueme 2008-2015.

La traducción del Nuevo Testamento sería una versión distinta de las que estaban en circulación: estaría en continuidad con la Biblia griega y reflejaría el complemento necesario de la traducción de Septuaginta. El objetivo era reproducir en el Nuevo Testamento el aura lingüística y el colorido de la traducción de LXX. Por lo demás se trataba de la traducción más coherente, puesto que los autores del Nuevo Testamento escriben imitando el estilo de Septuaginta y citando principalmente según el texto griego. Tanto los autores del cristianismo primitivo como los Padres de la Iglesia de Oriente no conocieron otra Biblia que la de los Setenta. Y por fin había otra razón de gran calado perteneciente a la historia del texto bíblico: los primeros códices unciales griegos de los siglos IV y V (Sinaítico, Vaticano y Alejandrino) ya unieron y encuadernaron la Biblia griega en un solo volumen suntuoso, que incluía la Septuaginta seguida del Nuevo Testamento.

Naturalmente que esta nueva traducción estaba siguiendo corrientes de investigación de las últimas décadas que estaban presididas por una nueva realidad: el retorno de la LXX. En efecto, gracias a los descubrimientos del Desierto de Judá en 1947, y posterior publicación de los Documentos de Qumrán en la última década del siglo XX, la Septuaginta ocupaba el primer plano del debate científico en la historia del texto bíblico. Gracias a Qumrán los biblistas tomaron conciencia de que las diferencias entre la Biblia hebrea y la Biblia griega no se debían a la incompetencia de los traductores, y menos aún a su peculiar teología o exégesis, sino que estos traducían a partir de un texto hebreo diferente del que nos habían transmitido los rabinos. Este texto o *Vorlage* de LXX aparecía ahora en algunos de los documentos de Qumrán. Estos textos no eran uniformes sino que reflejaban la existencia de un pluralismo textual bíblico en torno al cambio de era. Este dato revalorizó enormemente el testimonio de LXX, en cuanto representante de un texto hebreo distinto del *textus receptus*, anterior a él y presente en los documentos de Qumrán. Este descubrimiento explica que en el siglo XXI se haya traducido o esté traduciendo la Biblia griega a las principales lenguas modernas: inglés, alemán, francés, español, italiano, rumano, japonés, griego moderno. Hebreo o coreano.

En este contexto podíamos preguntarnos honestamente por qué seguir traduciendo la Biblia a partir de manuscritos hebreos medievales como son el Leningradensis (L, hoy San Petersburgo), Alepo (A) o Cairo (C), base de las ediciones modernas de Stuttgart, Jerusalén o Madrid, y no traducir a partir de los códices griegos más antiguos de los siglos IV y V. Estos códices de la Biblia griega reproducen la “Biblia de los apóstoles” en palabras de Jerónimo y Agustín; y para nosotros transmiten la Biblia de los autores del Nuevo Testamento y del cristianismo primitivo. Porque la Septuaginta fue ante todo la Biblia del judaísmo helenístico, pero también y sobre todo la Biblia cristiana que acompañó al proceso de evangelización por las distintas áreas del imperio romano.

Para comprender mejor la importancia de esta traducción de la Septuaginta seguida por el texto del Nuevo Testamento, no estará de más presentar una breve panorámica de las traducciones bíblicas al español a

partir del siglo de oro, prescindiendo por ahora de la enorme riqueza de nuestras biblias medievales romanceadas.

Desde que la Reforma enarboló la bandera de la *Sola Scriptura* y tradujo la Biblia al alemán³ y a las otras lenguas vernáculas, la Iglesia y sobre todo el imperio español identificaron las traducciones bíblicas con “luteranizar”, y en consecuencia estas versiones fueron prohibidas y perseguidas por la Inquisición en los territorios del imperio. Por eso de nuestros siglos de oro sólo conservamos las llamadas “Biblias castellanas del exilio”, impresas fuera del territorio español: la *Biblia de Ferrara* (1553), para la minoría de los judíos expulsados de España en 1492, y la *Biblia del Oso* de Casiodoro de Reyna (Basilea 1569) para la minoría protestante⁴. Pero nos faltó una traducción para la mayoría de los españoles, realizada por alguno de nuestros grandes biblistas u orientalistas como Fray Luis de León o Benito Arias Montano. Una traducción comparable a la Biblia de Lutero que dio el espaldarazo a la lengua alemana o la King James Version (Londres 1611), publicada por un comité de expertos biblistas, que tanto influyó para configurar el futuro de la lengua inglesa. Tanto más de lamentar cuanto que el español ya era por entonces una lengua de prestigio, gracias a la gramática de Nebrija (1492), primera gramática publicada de una lengua vernácula. Es verdad que podemos alardear de la gran novela de El Quijote de Miguel de Cervantes. Pero es que la King James Version ha influido más que Shakespeare en la historia de la lengua inglesa.

Tan solo a finales del s. XVIII comienzan a aparecer en español las primeras traducciones de la Biblia, pero a partir de la Vulgata, no de las lenguas originales. Son las versiones de Felipe Scio en varios volúmenes y de Torres Amat/Petisco.

Pero hasta mediados del s. XX no se publican las primeras versiones al español a partir de las lenguas originales: Nacar-Colunga (1944) y Bover-Cantera (1947), justo después de la publicación de la encíclica *Divino Afflante Spiritu* en 1943.

Estas últimas traducciones y todas las que les han sucedido, a pesar de estar realizadas a partir de las lenguas originales incurren, a mi entender, en una incoherencia: traducen el Antiguo Testamento a partir de la Biblia hebrea, y el Nuevo Testamento a partir del original griego. Este procedimiento produce un desajuste nada desdeñable entre las traducciones del Antiguo Testamento y del Nuevo, puesto que hemos constatado que los autores del Nuevo Testamento escriben y citan teniendo delante principalmente el texto de la Biblia griega o Septuaginta. Bastará con un ejemplo para cerciorarnos de este desfase de las traducciones bíblicas al uso: Mateo 1,23 cita a Isaías 7,14 según LXX de la siguiente forma:

³ Lutero publicó la traducción del Nuevo Testamento al alemán en 1522, y de toda la Biblia al alemán en 1534. Aprovechando la nueva tecnología de la imprenta estas versiones se convirtieron en bestsellers de su tiempo, lo cual demuestra que el público al que iban dirigidas estaba deseoso de leer la Biblia en su propia lengua.

⁴ En 1543 ya había publicado Francisco de Enzinas en Amberes el Nuevo Testamento en español,

Mira, la virgen concebirá y parirá un hijo, y le pondrán por nombre Emmanouel.

La virgen (= *he parthénos* en griego) sólo aparece en la versión de Septuaginta; el hebreo lee *`almah* = “doncella”, y las otras traducciones judías (Áquila, Símaco y Teodoción) leen *neánis* = “joven, muchacha”. Pues bien, las Biblias al uso que traducen el Antiguo Testamento a partir del hebreo y el Nuevo a partir del griego, no pueden entender correctamente la cita y la argumentación de Mateo, puesto que Isaías 7,14 en hebreo lee “doncella”, no virgen. Sólo nuestra traducción de la Biblia griega es coherente, que es la que cita Mateo y que lee “virgen”. De modo que la Biblia cristiana que citan mayoritariamente los autores del Nuevo Testamento y los escritores cristianos de los primeros siglos es la Biblia griega, no la hebrea. El Nuevo Testamento no sería igual si la Biblia hebrea no se hubiera traducido al griego. Los veintisiete escritos del Nuevo Testamento se redactaron como continuación y complemento de la Biblia hebrea, y utilizando la Septuaginta como mediación lingüística y clave de interpretación de los textos. El Nuevo Testamento se construye en un diálogo permanente con el Antiguo. Y esta intertextualidad se lleva a cabo a través de la Biblia griega. El pluralismo textual con que se presentaban las Escrituras en torno al cambio de era favorecía esta intertextualidad en los autores del Nuevo Testamento.

En esta nueva lectura de la Biblia hebrea o Primer Testamento, hecha por los autores del Nuevo o Segundo Testamento el período del cumplimiento reemplaza al período del anuncio y de las promesas. Esta nueva hermenéutica puede resumirse en una fórmula acuñada con éxito por Agustín de Hipona⁵: *Novum Testamentum in Vetere latet, Vetus in Novo patet* (“El Nuevo Testamento está oculto en el Antiguo, el Antiguo está claro en el Nuevo”).

Adolf Deissmann afirmaba a principios del siglo XX que quien quisiera leer el Nuevo Testamento tenía que conocer el griego de la *koiné*; sentencia que Sidney Jellicoe completó en 1968 al añadir: “Pero quien quiera entender el Nuevo Testamento tiene que conocer la Septuaginta”.

Términos como *kýrios, dóxa, euaggélion, ho nómos, diathéke, dikaiosýne, agápe, ta éthne...* están sacados de la gran corriente lingüística que se creó en griego a partir de la traducción de la Biblia hebrea en la Biblia de Alejandría (LXX) y que desembocó en el Nuevo Testamento. Como afirma Müller, “por la fuerte inclinación de las iglesias de la Reforma a favor de la *Hebraica veritas*, tendencia que desde entonces ha dominado en la teología universitaria del norte y centro de Europa, la Reforma aún hoy sigue teniendo muy poca conciencia de que *la Septuaginta fue de hecho la primera Biblia de la Iglesia*”. Las Escrituras judías en griego son las que suministran el principal contexto

⁵ *Quaestiones in Heptateuchum* 2.73.

⁶ M. Müller, *Die Bedeutung der Septuaginta für die Entfaltung neutestamentlicher Theologie*, en M. Meiser et alii (eds.), *Die Septuaginta. Geschichte, Wirkung, Relevanz*, Tübingen: Mohr Siebeck 2018, 730-756, p. 736.

cultural, litúrgico, teológico y literario a los autores del Nuevo Testamento. Ojalá que el lector perciba en nuestra traducción esta constelación intertextual que conforma la Biblia cristiana (LXX + Nuevo Testamento), la Biblia de los autores del Nuevo Testamento y de los Padres de la Iglesia